

Patrick Bond*

Defensa de la sustentabilidad en África contra el extractivismo

Resumen | El reto de llevar a cabo trabajo intelectual y estratégico de tipo interdisciplinario frente a las industrias extractivas es particularmente agudo en la interfaz entre la investigación y el activismo social. Numerosos movimientos sociales dedicados a la sustentabilidad no logran “unir los puntos” entre sus campañas y las visiones político-económicas y político-ecológicas de mayor alcance. Esta situación se está transformando en un desafío crítico en África, donde los daños provocados por la minería y los combustibles fósiles han generado una resistencia impresionante. Sin embargo, el lugar más obvio para vincular estas críticas de los activistas africanos fue la *Indaba* (palabra coloquial en lengua zulú, que significa reunión tribal importante) sobre Minería Alternativa realizada en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, en febrero de 2015, pero una revisión de los reportes sobre dicho evento nos conduce a cierto pesimismo sobre la política interdisciplinaria. El potencial para lograr un mayor impacto y críticas más profundas al extractivismo no sustentable, consiste en prestar mayor atención a combinar reproducción social y producción (como hacen las eco-feministas), y enfrentar los factores sociales, económicos, políticos y ecológicos mediante una crítica estructuralista más explícita y un equipo instrumental práctico. Áreas como energía, economía y clima están maduras para desarrollar tales vínculos.

75

African Sustainability Advocacy Against Extractivism

Abstract | The challenge of interdisciplinary intellectual and strategic work on the extractive industries is particularly acute at the interface of research and social activism. Numerous social movements which are dedicated to sustainability fail to “connect the dots” between their campaigns and broader political-economic and political-ecological visions. This is becoming a critical challenge in Africa, where the extreme damage done by mining and fossil fuels has generated impressive resistance. However, the one obvious place to link these critiques from African activists was the Alternative Mining Indaba in Cape Town in February 2015, and a survey of narratives of that event leads to pessimism about interdisciplinary politics. The potential for much greater impact and deeper critiques of unsustainable extractivism lies in greater attention to combining social reproduction and production (as the eco-feminists do), and to tackling social, economic, political and ecological factors with

* Center for Civil Society de la Universidad de KwaZulu-Natal, en Durban, Sudáfrica. Correo electrónico: pbond@ukzn.ac.za

a more explicit structuralist critique and practical toolkit. Areas such as energy, economics and climate are ripe for linkages.

Palabras clave | sustentabilidad – extractivismo – movimientos sociales – clima – capital natural

Keywords | sustainability – extractivism – social movements – climate – natural capital

Introducción

A MEDIADOS DE 2015, menos de un año después de documentar con gran entusiasmo el espíritu anti extractivista de la *Blockadia* (movimiento contra la extracción de petróleo de arenas bituminosas desde Canadá hasta Texas), Naomi Klein ofreció este llamado a la realidad: “No dejo de asombrarme por la manera en que no atinamos a establecer conexiones entre, por ejemplo, la lucha por un transporte público económico y el cambio climático” (Klein 2015).

Este tipo de conexiones pueden a veces alcanzarse mediante la formación de redes. En abril de 2015 una conferencia por la justicia climática en Maputo mostró la capacidad de los activistas para realizar precisamente eso. Vale la pena examinar detalladamente su manifiesto, y contrastarlo con otro documento generado poco antes por la *Indaba* de Minería Alternativa en 2015.

Ciertamente, en febrero de 2015, el fracaso de los activistas contra el extractivismo para establecer los vínculos fundamentales (para así construir coaliciones más amplias) se puso claramente en evidencia respecto de tres fenómenos simples: las industrias extractivas depredadoras que están saqueando África; las crisis de acceso a la energía en el Continente (especialmente en Sudáfrica); y el cambio climático. Siempre existe la posibilidad de que aliados progresistas en la sociedad civil puedan orquestar sus fuerzas en una conciencia de clase, género, raza, generación o convicción ecológica; fusionar la pasión del activista con el avance técnico de las ONGs; y deducir moralejas de las muchas grandes luchas africanas contra el extractivismo. Pero, aun con la mejor voluntad, y contando con la presencia de activistas y estrategias excepcionales en la *Indaba* de Minería Alternativa en Ciudad del Cabo (*Alternative Mining Indaba* AMI, en inglés), en la Sexta *Indaba* de Minería Alternativa 2015, celebrada del 9 al 12 de febrero, el abismo entre la sociedad civil y la capacidad de pensar de manera “interseccional” saltaba a la vista. El estudio de las intersecciones entre formas o sistemas de opresión, dominación o discriminación, o “interseccionalidad”, se entiende cada vez más como la respuesta apropiada a la “siloización”: es decir, quedarse atascado en especializaciones con los prejuicios históricos intactos, incapaces de usar la gama completa de las capacidades humanas para

buscar la unidad. La AMI reunió a más de 150 activistas de organizaciones comunitarias africanas, otro centenar de trabajadores de ONGs, que abarcaban desde lo local hasta lo internacional, las principales redes de apoyo, una falange de abogados del interés público, unos pocos sindicalistas y hasta algunos académicos. Se pudiera pensar que existían las mejores condiciones posibles para el trabajo interseccional, en parte porque se compartían agravios que se extienden más allá de muchas fronteras tradicionales.¹

El plenario inaugural incluyó al militante por la democracia en Zimbabwe Brian Kagoro, quien advirtió a los participantes:

“Nos estamos arriesgando aquí, como la élite de la sociedad civil, la “civilocracia”— a volvernos irrelevantes. Si ustedes simplemente quieren que la minería siga adelante, limitándose a ser un poco más humanitaria, se encontrarán con que estalla otra *Indaba* de Minería Alternativa en las calles.”

Las estrategias más humanitarias y económicamente racionales desplegadas por las ONGs contra las industrias extractivas fueron el foco principal de la discusión. Para demorar la destrucción que causa la minería sin sentido, el lenguaje del “consentimiento previo, libre e informado” constituye uno de los enfoques para que las comunidades puedan des-

Los capitalistas multinacionales de la minería están corrompiendo la política, la economía, los ambientes y las sociedades africanas

viar intentos de prospección. Técnicas para demorar evaluaciones de impacto ambiental también fueron ampliamente compartidas, aunque la nueva estrategia regulatoria de “vía rápida” del gobierno sudafricano las debilita. También se usaron discursos de justicia fiscal, gracias a las prolíficas fugas de capital y flujos ilícitos de dinero de las empresas mineras. Otros abogados progresistas sugirieron caminos para incursionar en la jurisdicción de las reparaciones legales.

Sin embargo, existe una queja de mayor amplitud que requiere una revolución política: los capitalistas multinacionales de la minería están corrompiendo la política, la economía, los ambientes y las sociedades africanas. A partir de esta reunión quedó en claro que nadie creía que reformas menores a la legislación de Responsabilidad Social Corporativa pudieran enfrentar, y mucho menos curar la llamada “maldición de los recursos”. El Proceso Kimberley² (PK) constituye

1 Se puede consultar una buena revisión en Business & Human Rights Resource Centre (2015).

2 The Kimberley Process Certification Scheme (KPCS) es un sistema de certificaciones diseñado para evitar que los diamantes conflictivos entren en el mercado de los diamantes. El KPCS surgió de una reunión de los estados productores de diamantes de África en Kimberley, Sudáfrica, en mayo del 2000.

un ejemplo. En junio de 2011, el respaldo de sus líderes a los “diamantes sangrientos” de Marange, en Zimbabwe, lo volvieron “ridículo” —en palabras del periódico británico *The Guardian*— porque “a los tiranos se les permite reforzar sus regímenes de opresión mediante la venta de sus piedras preciosas (las de su país), simplemente porque están a cargo del lugar” (Matthews 2015). Al orillar a la inutilidad al PK como instrumento de presión, los representantes de Sudáfrica (en alianza con Robert Mugabe, presidente vitalicio de Zimbabwe) fueron los principales responsables, pero los Estados Unidos de América también estuvieron involucrados. De manera similar, la Iniciativa de Transparencia en las Industrias Extractivas tenía tantos agujeros que, a mediados de 2015, la Unión Europea adoptó reglamentos más estrictos referidos a “minerales conflictivos”. Pero incluso estas reglas reforzadas fueron anticipadas como tan porosas que un vocero de Anglo Gold Ashanti —tristemente notoria en el campo del abuso a los derechos humanos— pudo darse el lujo de decir que “la empresa puede demostrar su cadena de custodia desde sus minas de oro hasta la refinería Rand, donde su metal se procesa”. Un acuerdo anterior de la Asociación del Mercado de Londres de Lingotes (*London Bullion Market Association*) (que provee el marco guía responsable de las transacciones de oro) está concebido para garantizar a los inversores y consumidores que todas las existencias de oro en Londres están libres de conflicto por haber cumplido con un proceso de auditoría y al margen de contenciosos (*The Guardian* 2013). No obstante, desde Sudáfrica hasta la República Democrática del Congo, desde Tanzania hasta Colombia, los conflictos generados en torno de esta empresa parecen no tener solución (*Business and Human Rights Resource Center* 2015).

En lugar de esto, las reformas más efectivas que se discutieron en la AMI fueron aquéllas que servían como palancas prácticas para suscitar las preocupaciones de las bases o del trabajo sindicalizado, para obtener publicidad, para ejercer presión y para darles a las comunidades afectadas por la minería —de manera especial a las mujeres— una sensación de esperanza y solidaridad. Sin embargo, también resultó apropiado un talante realista y algo deprimente, porque hace falta mucho trabajo para generar la interseccionalidad: unir los puntos con otros temas, escalas políticas y grupos de votantes. Se observaron con claridad estas desconexiones en tres temas que podrían transformarse en elementos vitales para una campaña contra las industrias extractivas, tanto en el corto como en el largo plazo: acceso a la electricidad, cambio climático y economía de los minerales. A continuación se examina cada uno de ellos.

Crisis de provisión de energía en el corto plazo

Afuera, pero próxima a la AMI, aunque aparentemente *inadvertida*, la sociedad

sudafricana hervía de odio contra la empresa estatal de electricidad Eskom. Este organismo, cada vez más incompetente, ha amenazado a la población con cortes de energía casi diarios (llamados “repartos de carga” de dos horas por vez) durante los años venideros, debido a insuficiente capacidad (sólo 30,000 megavatios, aunque 43,000 están técnicamente disponibles) para surtir la demanda industrial y doméstica en la mayor parte de los días. La mitad de la población de ingresos más bajos consume apenas el 2% de la energía de la red, pero son los últimos en recibirla. En contraste, las corporaciones mineras tienen acceso extraordinario a la energía eléctrica, hecho que fue patente en 2014 cuando Mike Rossouw; un ex-ejecutivo de la empresa mercantil más grande del mundo, GlencoreXstrata, fue comisionado ante Eskom para representar los intereses mineros. Rossouw había actuado como presidente del Energy Intensive Users Group (EIUG), (grupo de usuarios con alto consumo de energía), que agrupa a los más grandes consumidores corporativos de electricidad que, en su conjunto, emplean 44% de la provisión del país. El sobrenombre “Complejo-Mineral-Energético” surgió hace veinte años gracias a unos acuerdos muy “cómodos” de Eskom con los miembros del EIUG, y se han mantenido durante la mayor parte de los 85 años de existencia de la empresa (Fine y Rustonjee 1996). Por ejemplo, dos de las empresas mineras más grandes del mundo —BHP Billiton y Anglo American Corporation— firmaron acuerdos con vigencia de décadas para ser surtidos de electricidad a razón de un centavo de dólar estadounidense por kWh, la décima parte de lo que paga el sector de menores ingresos de la población sudafricana (Bond 2012a).

Los cortes en la provisión de energía de Sudáfrica pueden ser atribuidos tanto a la industria minera transnacional y a la industria eléctrica local y a sus aliados en Pretoria y en el cuartel general de Eskon en Mega Watt Park. Esta no es una configuración poco usual para esta África maldecida por los recursos, donde grandes cantidades de electricidad son distribuidas mediante cableado de alta tensión a empresas multinacionales de minería, a cambio de la extracción de mineral y la refinación, que es una actividad con gran insumo de capital. Mientras tanto, la mayor parte de las mujeres africanas emplean fogones para cocinar y calentar los hogares. Su fuente principal de energía está constituida por unas frágiles parcelas forestales. El sistema de distribución está representado por sus espaldas, y el consumo de energía suele hacerse en medio de accesos de tos causados por la concentración de partículas densas en el aire. Aunque el VIH se transmite por medio del contacto sexual o de la sangre, el SIDA resultante suele ser catalizado por infecciones oportunistas, como las enfermedades respiratorias, y estas últimas también están determinadas por género en el contexto de la energía sucia, a lo cual hay que agregar el papel dominante que juega la mujer en la atención a la salud.

Dadas estas contradicciones intensas, la gran tragedia reside en que los activistas, estrategas, financiadores e intelectuales de AMI *no unen los puntos*. No enfrentan los apagones por exceso de consumo de la electricidad por parte de la minería porque los contrastan con la ausencia total de servicio eléctrico que padecen la mayoría de los africanos. No colocan a los apagones a la cabeza de sus listas de agravios por más que esto los ayudaría a cosechar apoyo popular, hasta ahora no aprovechado para sus programas de reducir las actividades mineras y aumentar la provisión de electricidad doméstica no contaminante. En contraste, una campaña por “Un millón de trabajos climáticos”, basada en el Centro de Información y Desarrollo Alternativos de Ciudad del Cabo (AIDC 2015) ya está sugiriendo cómo la interrupción del enorme suministro de electricidad a las fundidoras y minas de Sudáfrica ayudaría, a su vez, a reorientar el empleo allí hacia actividades postcarbono más constructivas: puestos de trabajo en energía renovable, transporte público, adaptación de edificios para ser energéticamente más eficientes, excavación de digestores de biogás, entre muchas otras.³ En cuanto a las comunidades, su análisis de acceso a la electricidad en términos de raza y clase se expresa fácilmente cuando exhiben a los visitantes su propia energía doméstica sucia, a menudo en las inmediaciones de una enorme mina, fundidora o central de generación de energía (Gran Debate sobre Energía 2014). De modo que ¿por qué no pueden ser unidos estos puntos —los sitios de lucha ambientales, laborales, comunitarios, feministas— en el contexto de una AMI dominada por las ONGs? ¿Por qué las palabras “energía” y “electricidad” ni siquiera aparecen en la declaración final de la AMI, a pesar de los abusos extremos que cometen con ellas las empresas mineras de capital multinacional?

¿Por qué la crisis climática de largo plazo no figura en la agenda a corto plazo de la sociedad civil sudafricana?

Mientras reflexionaba sobre esta paradoja en la improbable sede de la AMI (un hotel de lujo de una cadena internacional), mis ojos se posaron en un vistoso

3 Véase Million Climate Jobs (2011). El documento explica cómo crear más de un millón de puestos de trabajo vinculados con el clima:

- Generación de energía a partir de viento y radiación solar: 150,000.
- Reducir el empleo de energía a través de métodos eficientes en la industria: 27,000.
- Construcción de edificios nuevos más eficientes en materia de energía y reacondicionar edificios existentes de acuerdo con los mismos criterios: 120,000.
- Expansión del transporte público: 460,000.
- Producción de alimentos por medio de unidades productivas a pequeña escala que apliquen métodos de agro-ecología.
- Protección de los recursos de agua, suelos y biodiversidad: 400,000.
- Gravitación hacia técnicas de desperdicio cero: 400,000.

documento rojo y blanco acerca del carbón sudafricano, que contenía información explosiva y algunas de las fotografías más dramáticas que he visto sobre la destrucción ecológica y el sufrimiento humano. El documento estaba repleto de datos horribles sobre la destrucción causada por la industria del carbón: destrozos en la salud pública y doméstica, en los ambientes locales, y en las vidas de sus trabajadores, las mujeres, los ancianos y la infancia (desgraciadamente no hay un *website*, y no quiero nombrar a la organización responsable con el objeto de establecer un punto más general, sin nombrar un ejemplo particular). Este folleto en particular no vacila en explicar los abusos de la industria minera a través de la cooptación de las élites del Congreso Nacional Africano (el partido en el poder en Sudáfrica) por la vía del Empoderamiento Económico Negro (*Black Economic Empowerment*, BEE por sus siglas en inglés). El BEE al estilo de Cyril Ramaphosa (líder sindical minero transformado en empresario) se traduce en más miseria para los muchos, con enriquecimiento de muy pocos, como el propio vicepresidente de Sudáfrica. Su fortuna personal, que se cuenta en miles de millones de dólares norteamericanos, proviene no solamente de esa participación de 9% en la empresa Lonmin y todo lo que ello acarrea, sino también de las operaciones carboneras extremadamente contaminantes de su empresa Shanduka. Con hombres como él en la dirección política del país, Sudáfrica seguramente no podrá sacudirse el hábito del Complejo Mineral-Energético (Bond 2014).

Se trata de una buena crítica que une muchos puntos y, por cierto, considero a la agencia que la publicó entre las mejores ONGs internacionales. Los receptores de sus subsidios realizan algunas cosas asombrosas en muchos contextos sudafricanos y globales. Sin embargo, su folleto sobre el carbón ofrecía apenas una mención simbólica —unas pocas palabras entre una gran masa de texto— sobre el cambio climático. Aunque el carbón sea el contribuyente mayor a las emisiones de gases de efecto invernadero, y aunque se lleva a cabo una vibrante campaña mundial contra la minería de carbón y en favor de la energía renovable, la crisis climática quedó completamente perdida entre decenas de otros agravios, elocuentemente descritos.

Al llamar la atención de la organización en cuestión sobre este punto, recibí la siguiente explicación de uno de los miembros de su personal: “Por más que el cambio climático constituye un gran tema para concitar las preocupaciones de la clase media, no tiene ninguna relevancia para personas que viven en pobreza y que piensan primordialmente en sus barrigas vacías, el agua sucia que consumen y el aire contaminado”. Como aprendimos a la fuerza en la contra cumbre de la sociedad civil durante la reunión COP 17 de las Naciones Unidas en Durban, ésta podría ser una estimación brutalmente franca, pero verdadera de todas maneras, del trabajo arduo que se requiere para movilizar la opinión pública en

favor de la justicia climática. En la última encuesta comparativa que vi (realizada por Pew en 2013), sólo 48% de los encuestados sudafricanos consideraba que el cambio climático fuera “una amenaza global prioritaria”, en comparación con 54% en el resto del mundo (Pew Research Center 2013).

Por suerte, el terreno es fértil, especialmente en las provincias sudafricanas —Limpopo, Mpumalanga y KwaZulu-Natal— donde se concentraron los ataques más militantes y elaborados en contra de la gran industria del carbón en África. Son llevados a cabo por una amplia gama de grupos militantes comunitarios y ambientalistas, entre los cuales se encuentran Mining Affected Communities United in Action, The Green Revolutionary Council, Bench Marks Foundation (una red de investigación y acción política progresista, de base eclesiástica), críticas periódicas por las ONGs radicales GroundWork y Earthlife (esta última alberga a una rama de la Campaña Internacional contra el Carbón), acciones legales por parte del Center for Environmental Rights y el Legal Resources Center, y apoyos financieros como ActionAid y las organizaciones de resistencia de mujeres (con el apoyo de Women in Mining, Womin). No obstante, aparte de comunicados de feministas de Womin y ocasionales ONGs (Benchmarks Foundation 2014), la mayoría de las veces, es sumamente raro que se unan los puntos con el cambio climático.

Las emisiones de gases de efecto invernadero también son contaminantes

Un buen ejemplo de la desunión entre los puntos surgió a fines de febrero cuando la ministra sudafricana del Medio Ambiente, Edna Molewa, enfureció a las comunidades de base, los activistas de las ONGs y los abogados progresistas que luchan contra la prolífica contaminación por parte de empresas mineras, plantas petroquímicas y fundidoras. La función de Molewa incluye la aplicación de los Estándares de Emisiones Mínimas a 119 firmas —que incluyen las operaciones tóxicas de Eskom, Sasol, AngloPlats, PPC cement, Shell, Chevron y la refinería de petróleo Engen— cuyos más de mil puntos de contaminación los hacen sujetos de la Ley de Calidad del Aire. Hace diez años, cuando empezó a hablarse de la ley, estas empresas deberían haber iniciado procesos para controlar sus emisiones. No lo hicieron, pero Molewa acaba de librar de toda responsabilidad a 37 de ellas (la mayoría de las más grandes) durante otros cinco años al otorgarles exenciones que transforman a la ley en un hazmerreir.

Sin embargo, a pesar de emitir quejas justificadamente virulentas, las ONGs ambientales de Sudáfrica (conocidas como ENGOs) simplemente se olvidaron de mencionar el cambio climático. Hubo apenas una excepción: Samson Mokoena, coordinador del Vaal Environmental Justice Alliance, quien declaró:

“No solamente se le han brindado exenciones a Eskom, sino también al más grande emisor de dióxido de carbono (CO₂) del país, Sasol”. Cabe precisar que en su planta de Secunda, Sasol comprime carbón y gas para crear petróleo líquido, creando de paso el más grande sitio emisor de CO₂ de todo el planeta, y Eskom es, seguramente, el más grande emisor de CO₂ de África cuando se toman en cuenta el conjunto de sus plantas (Moneyweb 2015).

En contraste con Mokoena, una de las principales ENGOs activistas pasó por alto el CO₂ cuando pronosticó que la decisión de la ministra Molewa “resultará en aproximadamente 20,000 muertes prematuras a lo largo de la vida que les queda a las centrales eléctricas (de Eskom) —incluyendo alrededor de 1,600 muertes de niños pequeños. El costo económico asociado con las muertes prematuras y los efectos neurotóxicos de la exposición al mercurio fueron estimados en 20,000 millones de dólares estadounidenses” (Centre for Environmental Rights 2015). Si se agregara el cambio climático a estos cálculos, las cifras aumentarían mucho más. La excusa para justificar a Molewa que pasara por alto las implicaciones climáticas de su más reciente regalo a los contaminadores fue que la Ley de Calidad del Aire estuvo mal concebida, ya que omitió al CO₂ y al metano. Esta omisión permitió que uno de los periodistas más leídos del país informara lo siguiente: “Los tres villanos contaminantes, que pueden causar problemas de salud graves, son las partículas de materia (hollín), dióxido de azufre y los óxidos de nitrógeno”. Pero no cabe duda que, en términos de esa lista, los gases con efecto invernadero (GEI) merecen igualmente el calificativo de “villano”. Se pronostica que 182 millones de africanos morirán prematuramente antes del 2100 por efecto de los GEI, según informa Christian Aid (2006).

En lugar de tomarlo en cuenta, Molewa “parece haber desarrollado un punto ciego mayor” pasando por alto la manera en que la contaminación del aire puede ser transportada largas distancias para dañar la salud humana en lugares muy distantes de las fuentes emisoras”, según el alegato de otra ENGO internacional (Carnie 2015). Pero esa misma ENGO revela un punto ciego igual de grande cuando se olvida, lisa y llanamente, del cambio climático por más que los GEI son co-contaminantes, juntamente con todas las demás toxinas aerotransportadas que recorren largas distancias sembrando daños diversos.

Existe, sin embargo, algo peor que descuidar el cambio climático cuando se tiene la posibilidad de concientizar a la gente: asimilarse al campo enemigo. En algunos casos, la sociedad civil se degenera, de perro guardián a perro faldero. El caso más notorio debe ser ese aliado de las corporaciones multinacionales, el WorldWide Fund for Nature (WWF), cuyo presidente para Sudáfrica, Valli Moosa, también es presidente de AngloPlats. Moosa fue responsable, hace cinco años, de algo que el Protector Público sudafricano calificó como “conducta impropia” cuando aprobó la central eléctrica movida por carbón más grande del mundo,

que en la actualidad se encuentra en construcción: la Central Medupi, de Eskom (*Mail & Guardian* 2009). En aquel entonces, Moosa era el presidente de Eskom, y era miembro del Comité de Finanzas del partido gobernante, y firmó un dudoso contrato de adquisición de calderas por un valor de más de 4,000 millones de dólares con Hitachi, cuya filial local era en un 25% propiedad del partido de Moosa. Las calderas de Medupi requirieron la realización correctiva de 7,000 soldaduras. El partido en el poder —African National Congress— encabezó la lucha por la liberación y gana elecciones con regularidad, pero ciertamente no tiene mucha experiencia en fabricar calderas.

Unos pocos días después del anuncio de Molewa, y un día después de que el ministro sudafricano de Finanzas pospuso por enésima vez la introducción de un proyecto de ley que impondría sanciones impositivas a los emisores de carbono, Saliem Fakir, del WWF, “recibió con beneplácito el compromiso y apoyo del gobierno a la mitigación del cambio climático, que mostraba que Sudáfrica estaba a la cabeza de los países en vías de desarrollo en términos de medidas políticas concebidas para aliviar la carga (de las actividades humanas) sobre el medio ambiente” (Pillay 2015).

Detrás de las desconexiones está el capitalismo

En el más reciente y brillante libro de Naomi Klein, y la película de su esposo Avi Lewis, *This Changes Everything* (Esto lo cambia todo), encontramos vinculaciones claras entre clima (“Esto”) y prácticamente todas las áreas restantes de las luchas sociales (Klein 2014). Para Klein es el afán de lucro que universalmente evita una solución razonable a nuestras emisiones de gases con efecto invernadero: en materia de energía, transporte, agricultura, urbanización, producción, distribución, consumo, eliminación y financiamiento. En otras palabras, las posibilidades y requerimientos de interseccionalidad de una campaña seria para enfrentar el cambio climático abarcan casi todas las actividades humanas. A través de todos estos aspectos de las cadenas de valores del mundo, somos adictos al carbono. En cada sector, intereses creados corporativos evitan los cambios necesarios para la supervivencia de la especie. Sólo mediante la vinculación de nuestros temas unitarios y enfrentando el cambio de clima como un problema que todo lo abarca, como en realidad lo es, podremos escaparnos de nuestros silos y generar la masa crítica que necesitamos para lograr hacer la diferencia.

Pero, a su vez, esto significa que cualquier tipo de análisis sistémico para salvarnos de la catástrofe climática no sólo permite, sino que también exige un sistema económico reestructurado en el cual, en lugar del afán de lucro como principal incentivo impulsor, la planeación a gran escala, ecológicamente coherente, se transforme en el requerimiento fundamental para la organización de la

vida. En gran parte de África el descontento contra el colonialismo era tan feroz que, cuando fue reemplazado por el neo colonialismo hace unos cincuenta años, muchos activistas progresistas encontraron el valor para hablar del capitalismo como el problema más amplio y duradero (todavía peor que el representado por los colonos blancos que quedaban). En Sudáfrica es posible oír regularmente la retórica anticapitalista en todas las colonias populares, en los sitios de trabajo de cuello azul (y rojo, que se refiere a trabajadores al aire libre, principalmente agrícolas), y en las universidades. Aquí, presidentes entrenados en Moscú, e incluso comunistas que alguna vez fueron líderes sindicales, han poblado sin incomodidades aparentes los más altos niveles del estado neoliberal desde 1994.

Hablar del capitalismo es ahora más crucial que nunca. Si no damos este gran salto y nos enfrentamos con el afán de lucro como el motivo subyacente de tanto caos ecológico y social, entonces nuestro futuro económico también está condenado, especialmente en África. Una de las razones de esto último es lo que a veces se llama disminución del “capital natural”: los minerales, el gas y el petróleo, que están siendo arrancados de la tierra, *no vuelven a crecer*. La siguiente pregunta lógica es si, dada la disminución de la riqueza natural resultante, la actividad económica generada tiene saldo neto positivo o negativo. En países ricos en recursos, como Noruega, Australia, Canadá y EEUU, donde se hallan ubicadas las casas matrices de las empresas mineras y petroleras, los beneficios vuelven a circular. Según la contabilidad de recursos naturales compilada en el libro del Banco Mundial titulado *The Changing Wealth of Nations* (La riqueza cambiante de las naciones), esto y la inversión en educación les brindan a estos países beneficios netos mucho mayores (Banco Mundial 2011).

El daño ambiental es harina de otro costal, pero nuevamente en términos económicos, el asunto crítico gira en torno a si las ganancias están siendo reinvertidas. La respuesta es: en el Norte Global, sí; pero en África no (Bond 2014). Están siendo rapiñadas por corporativos multinacionales y personeros locales aliados. Eso significa que otra desunión entre los puntos de la AMI fue cualquier conversación sobre la economía capitalista, o alguna mención de la manera en que los recursos minerales estaban siendo arrebatados tan rápidamente y con tan poca reinversión, que el efecto económico neto de la minería es profundamente negativo para la riqueza del Continente. *The Changing Wealth of Nations* estima que África sufre una merma de -6% anual sobre su riqueza de capital natural.

¿Cuál es la solución? ¿Pueden los africanos con talento para unir los puntos interseccionales considerar ahora con mayor fuerza un modelo eco-socialista? Si no recuperamos las tradiciones socialistas de Frantz Fanon, Patrice Lumumba, Amílcar Cabral, Walter Rodney, Ruth First, Thomas Sankara y Chris Hani, y si a su legado no agregamos argumentaciones ambientalistas, feministas y otros

temas interseccionales, las generaciones que hoy viven habrán literalmente encendido la mecha hacia un futuro de tierra arrasada que le tocará a la próxima generación de africanos. La planeación a gran escala puede sonar aterradora, dados los malos resultados de algunos intentos anteriores, como el de la Unión Soviética. Pero, viendo el caso contrario, Cuba ha dado el salto para librarse de la adicción al carbono más rápidamente que ninguna otra sociedad, gracias a la planeación. Simplemente, hay que comparar la bien planeada y ejecutada evacuación de La Habana durante el huracán Katrina en 2005, con el caos que reinó en la capitalista Nueva Orleans. Las innovaciones encabezadas por el estado, que van desde sistemas municipales de agua potable hasta el internet (un producto de Investigación y Desarrollo del Pentágono) son tan vitales para la vida cotidiana que, a menos que los servicios nos sean negados, no pensamos dos veces acerca de su origen en el sector público y su condición de bienes públicos.

Y, después de todo, ¿hay alguna otra manera de llegar al cambio de poderes necesario para superar un desastre climático más que construir un movimiento por la toma de decisiones de estado sobre una base democrática? Lograrlo, sin embargo, requiere una perspectiva de más largo plazo que el que usualmente maneja el activista o el estratega de ONG promedio en el marco de reuniones como la AMI. Si no damos ese salto fuera de los silos en los cuales nos hemos hundido todos, pereceremos. Estamos tan súper especializados, y frecuentemente aislados en pequeños guetos de investigadores y redes de activistas, que la impotencia conceptual de la AMI no llega como algo sorpresivo. Hasta a los mejores activistas y estrategias que trabajan contra el extractivismo no se les da la suficiente amplitud para pensar en la totalidad de las implicaciones, por ejemplo, el origen de nuestra electricidad, y por qué los corporativos mineros reciben la mayor tajada de la misma; o bien cómo el cambio climático nos amenaza a todos, y cómo la economía capitalista hace que estas crisis sean inevitables.

¿La solución? Una parte crítica de la misma está constituida por la capacidad de pensar de maneras que se *intersectan*, con el mayor compromiso que sea posible para aportar y vincular nuestra clase, raza y género, en análisis generacionales, ambientales y de otro tipo, sobre los oprimidos. Después de eso, la acción o praxis sigue como consecuencia lógica. Un ejemplo de este proceso que permite abrigar mucho más optimismo que la AMI, sugiere ser la declaración emitida en Maputo en abril de 2015, por la Sociedad Civil Africana sobre Justicia Climática. Más de 150 activistas y estrategias establecieron las vinculaciones entre las opresiones económicas y el cambio climático.⁴ Es porque ciertamente

⁴ La única conexión ausente entre los activistas de Maputo y las sociedades que representan, es el fenómeno que se conoce como “refugiados del clima”. En un lapso breve, más de dos millones de refugiados provenientes del sur de África han venido a Sudáfrica por razo-

esto lo cambia todo, que en el futuro inmediato los activistas tendrán que volverse mucho más conscientes de las estrategias interdisciplinarias contra el extractivismo, incluyendo energía, economía y clima.

Referencias

- Banco Mundial. *The Changing Wealth of Nations*. Washington, 2011. <http://site-resources.worldbank.org/ENVIRONMENT/Resources/ChangingWealthNations.pdf>
- Benchmarks Foundation. «South African Coal: Corporate Grievance Mechanisms, Community Engagement Concerns and Mining Impacts.» *Johannesburg*. 2014. http://www.benchmarks.org.za/research/policy_gap_9.pdf
- Big debate on Energy*. 16 de febrero de 2014. <https://www.youtube.com/watch?v=OUNHCO-zf24>.
- Bond, Patrick. «BHP disempowers us all.» *City Press*, octubre 2012.
- . «Can natural capital accounting come of age in Africa?» *Triple Crisis*, julio 2004.
- . «South Africa's electricity crisis: muddle through, meltdown or miracle?» *Links*, febrero 2015.
- . «South Africa's resource curses and growing social resistance.» *Monthly Review*, abril 2014.
- . «Durban's conference of polluters, market failure and critic failure.» *Ephemera. Theory & politics in organization*. 2012. <http://www.ephemera-journal.org/contribution/durban%E2%80%99s-conference-polluters-market-failure-and-critic-failure>.
- Business & Human Rights Resource Centre. «AngloGold Ashanti.» 2015. <http://business-humanrights.org/en/anglogold-ashanti?page=23&dateorder=dateasc>
- . *Mining in Southern Africa Briefing Note*. Febrero de 2015. <http://business-humanrights.org/en/mining-in-southern-africa-briefing-note>.
- Carnie, T. «Watchdogs slam pollution deal.» *The Mercury*, febrero 2015.
- Centre for Environmental Rights. «Environmental Rights Blog: Breathing space for polluters at the expense of public health.» *Cape Town*, marzo 2015.
- Christian Aid. *Climate of Poverty*. Londres, 2006.
- Fine, B. y Z. Rustomjee. *The Political Economy of South Africa*. Londres: Christopher Hurst, 1996.

nes políticas y de supervivencia económica, y mientras ha estallado la xenofobia en los barrios residenciales de bajos ingresos en Durban y Johannesburgo, también crece el peligro de nuevas olas de refugiados. Gran parte de esta migración se debe a la agudización del cambio climático en algunas partes de la región.

- Klein, N. *This Changes Everything*. Toronto: Knopf, 2014.
- . «To fight climate change we must fight capitalism.» *Climate and Capitalism*. 10 de mayo de 2015. <http://www.climateandcapitalism.com/2015/05/10/naomi-klein-to-fight-climate-change-we-must-fight-capitalism-2/>
- Mail & Guardian. «Moosa 'acted improperly' in awarding of Medupi contract». 18 de febrero de 2009. <http://mg.co.za/article/2009-02-18-moosa-acted-improperly-in-awarding-of-medupi-contract>
- Matthews, C. «EU conflict mineral law 'will not affect SA's gold miners'.» *Business Day*, mayo 2015.
- Million Climate Jobs. «Cool it with people's power.» *Cape Town: Alternative Information and Development Centre*. 2011. <http://climatejobs.org.za/>
- Moneyweb. «Environmental minister's emission reprieve slammed.» 25 de febrero de 2015. <http://www.moneyweb.co.za/moneyweb-south-africa/environmental-ministers-emission-reprieve-slammed>.
- Pew Research Center. «Climate change and financial instability seen as top global threats.» *Washington*. 24 de junio de 2013. <http://www.pewglobal.org/2013/06/24/climate-change-and-financial-instability-seen-as-top-global-threats/>
- Pillay, K. «Draft carbon tax bill proposed.» *The Daily News*. 27 de febrero de 2015. <http://www.iol.co.za/dailynews/news/draft-carbon-tax-bill-proposed-1.1824418>
- Sixth Alternative Mining Indaba. 2015. <http://business-humanrights.org/en/6th-alternative-mining-indaba>
- The Guardian. *Blood diamond trail leads to loopholes in Kimberley Process*. 5 de junio de 2013. <http://www.theguardian.com/world/2013/jun/05/blood-diamonds-kimberley-process>